
Lois Valsa

Sierva voluntaria y víctima propiciatoria

En torno a: Sara Mesa, *Un amor*, Anagrama, Barcelona, 2020 (3ª edición).

*Escribí **Un amor** como quien emprende una búsqueda y así me
gustaría que fuese leído*
Sara Mesa

Sara Mesa (Madrid, 1976), la autora de esta magnífica novela, es una escritora ya conocida y, desde luego, muy reconocida por la crítica especializada por sus novelas y cuentos. En su momento fue muy alabada por el gran escritor, ya fallecido, Rafael Chirbes. En la editorial Anagrama se han publicado sus obras desde *Cuatro por cuatro* (finalista del Premio Herralde de Novela), pasando por *Cicatriz* (Premio El Ojo Crítico de Narrativa), la recuperada *Un incendio invisible*, el celebrado volumen de relatos *Mala letra* y, la anterior novela, *Cara de pan* (2018), una pequeña obra maestra de la narrativa según algún crítico y de la que yo aún guardo un grato recuerdo. A todas ellas se añade el breve ensayo, *Silencio administrativo*, sobre el impacto de la pobreza en los individuos que la sufren y sobre las actitudes imperantes frente a ellos en nuestra sociedad. Un libro "especialmente indicado para quienes piensan que ellos no tienen prejuicios", según la escritora y crítica Edurne Portela en el diario El País.

La escritora piensa que sus libros están marcados por su origen: nació y creció en la periferia de grandes ciudades (Madrid, Sevilla...), y proviene de una familia de trabajadores y fue a la escuela pública. Sus hermanos y ella fueron los primeros universitarios en la familia pero le repugna la visión elitista y glamorosa de la cultura. Sara Mesa nunca pensó en ser escritora y empezó, quizá por ello, a escribir en la treintena ("porque, creo, antes estaba paralizada, era completamente incapaz hasta de pensar en escribir"). Tiene claro que "lo peor que le puede pasar a un escritor es consolidarse". Su conciencia social se pone de manifiesto en el citado ensayo *Silencio administrativo* que critica la crueldad de la burocracia con los más débiles, pero "no sé la dimensión social que tiene o podría tener mi escritura". Se siente decepcionada, muy ingenua quizá, del nulo impacto que ha tenido su libro: "Basta con ver cómo se están gestionando ahora las rentas mínimas y salarios sociales: pésimamente".

Los que hemos disfrutado mucho con sus obras y hemos ido viendo su crecimiento literario continuo, como escritora exigente que es, siempre estamos predispuestos a esperar lo mejor de ella. Y de nuevo tengo que decir que he quedado muy satisfecho con la lectura de su última novela. Porque no es nada fácil encontrar a una escritora que logre novelas tan buenas y sobre todo tan seguidas. *Un amor* es una narración magistral con un lenguaje depuradísimo, una novela extraordinaria que me hace pensar en el gran Coetzee y, concretamente, en su novela *Desgracia*, lo cual supone un enorme piropo literario que creo que Sara Mesa se merece. Estamos ante una escritura desnuda y fría, sin ornamentos ni retóricas, una escritura serena y vibrante a la vez, una literatura cuya única y gran preocupación es el lenguaje. Una obra estupenda de una escritora muy sólida. No es de extrañar que haya sido considerada por la crítica, una crítica diversa y muy variada según he podido comprobar, como "la novela del año".

Su escritura pulida, seca y afilada, directa y esencial, atrae y desasosiega a la vez sobre todo porque no tiene miedo a entrar en el lado oscuro del ser humano. Su miopía, que confiesa, quizá hace que se fije en los detalles más nimios y así acabe logrando un estudio psicológico muy profundo de sus personajes. Lo podemos apreciar, una vez más, en los personajes que desfilan por esta novela que, aparentemente, son muy simples pero que encierran verdaderas bombas de relojería. Con su prosa ágil, limpia, escueta, muy rica y exacta, la narradora va orquestando todos sus movimientos hasta el abismo trágico. Sí. Aquí se encierra una tragedia griega, una tragedia rural en un ficticio pueblo del sur, en medio de un paisaje muy cálido y seco lleno de olivos, alcornoques, encinas y jaras. Curiosamente, la pequeña pedanía fuera del tiempo a la que llega su protagonista, la joven Nat(alia), trabajadora precaria, traductora, se llama "La Escapa" (¡cómo para llegar y salir pitando!).

Poco a poco vamos conociendo a los habitantes del lugar con los que se va cruzando: el abusivo y machista casero que le deja un perro al que ella pone el nombre de Sieso, la aburrida chica de la tienda, Peter, el hippie, la vieja y demente Roberta y su marido, Andreas al que llaman el alemán pero que no es alemán, y la pareja de la ciudad con dos hijos que pasa allí los fines de semana. Todos irán acogéndola con aparente normalidad mientras en el fondo laten la incomprensión y la extrañeza mutuas. Sara Mesa está de acuerdo con la crítica en el carácter solitario de sus personajes, su inadaptabilidad y su extrañeza, pero ella no lo ve necesariamente negativo. Así se va creando una atmósfera turbadora que enfrentará a Nat con sus vecinos y también consigo misma y sus propios fracasos. En esta obra muy contundente y desde luego muy arriesgada va mostrando las pulsiones más insospechadas. La comunidad va construyendo su chivo expiatorio como ya lo había hecho antes. Del plano social hemos pasado al plano político.

La autora vuelve a confronta al lector con los límites de su propia moral. Nat siente una extraña y macabra empatía por los maltratadores, pero no como malvados sino como seres humanos más vulnerables que ella. En principio acepta la humillación de Andreas porque se siente más fuerte que él y le ve desvalido. Así llega a esa degradante especie de "servidumbre voluntaria" que tan bien analizó Étienne de La Boétie en su *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* (1548), en el que estudiaba cómo el pueblo se somete a un tirano ("El Uno"). En este importantísimo texto, el amigo del gran Montaigne descifraba muy bien las claves de tal sometimiento. Nat se siente impotente primero con el casero que la humilla a ella (y a las mujeres en general), y, luego entra en una relación de sumisión con un personaje sin atractivo y completamente anodino como es Andreas, el alemán. Curiosamente, se siente fascinada por la mediocridad del personaje, soso y repetitivo, del que se va convirtiendo en "víctima propiciatoria".

El tema de la novela es, pues, una relación amorosa, que aparece en todos sus libros, muy marcada por la obsesión y la incomunicación. Ha señalado que el amor más verdadero que aparece en sus libros es el que hay entre el viejo y la niña en *Cara de pan*. Pero de lo que realmente le interesa escribir es del ejercicio del poder. El poder y el lenguaje: "No sólo me interesa con qué palabras se expresa el poder, sino qué palabras prohíbe, cuáles son adecuadas o inadecuadas, feas o bellas, su uso como forma de distinción, qué es lo grosero y qué lo elevado, qué se considera insultante y qué elogioso. Me fijo mucho en los eufemismos, los tabúes, el lenguaje de los medios de comunicación y el lenguaje burocrático, que es terrorífico". Aclara: "A menudo, cuando escribo, trato de ponerme en la cabeza de los niños que preguntan por todo, incluso por términos aceptadísimos, los que usamos casi sin conciencia. Quizá por eso mi escritura parece a veces tan simple. Escribo como si fuese una extranjera con una len-

gua ajena". En definitiva, de esta forma magistral, llena de silencios (¡qué bien maneja Sara Mesa los silencios!) y equívocos, de prejuicios y sobreentendidos, de tabúes y transgresiones, la novela aborda, de manera implícita pero constante, el asunto del lenguaje, no como forma de comunicación sino de exclusión y de diferencia. Así, a través de esta dura historia de amor-pasión, logra iluminar los límites del lenguaje y de los sentimientos, la violencia oculta o manifiesta, el poder y el amor, la soledad. En *Un amor* (pero también en novelas como *Cuatro por cuatro* o *Cara de pan*) se reflejan maravillosamente bien las perversiones en que incurren los grupos sociales, sus ritos de iniciación, de paso y de expiación. Por último, Sara Mesa piensa que "la novela es el género idóneo para describir estas estructuras sociales a través de historias concretas y tangibles. Nunca parto de lo abstracto para representar ideas, sino al revés: voy de lo concreto a lo general, por eso me cuesta tanto interpretar mis propios libros",